

nen su aliento : pero todos los gozos de los cielos llenan el corazon de aquel mortal que por segunda vez prueba los efectos de la divina misericordia.

Así fué como sobre los amigos de Lázaro, congregados para buscar en dulces coloquios consuelo pasagero, cayeron inesperadamente para ellos todas las bendiciones del cielo ; tal acontece al moribundo que imaginó hallar en el sepulcro solo frio descanso, y despues ve brillar ante su espíritu la inmensidad de los cielos y una eterna felicidad.



CANTO DÉCIMOOC TAVO.

ARGUMENTO. — Adan ruega al Mesias que le revele algunas de las consecuencias de la redencion. — Jesus, accediendo á sus súplicas, le revela en una vision parte del juicio final. — Refiéresela Adan á los ángeles y á los resucitados, diciéndoles que ha visto juzgar á los enemigos de Cristo, — á los fundadores del culto de los idolos, — á los impíos, — á los perseguidores, — y á los malos reyes.



Adan, postrándose á los pies de Cristo, dice :
 « Si hallé gracia á tus ojos, ó mi divino Salvador, haz que mi pensamiento comprenda toda la inmensidad del beneficio, que sacrificándote, has hecho á mis innumerables hijos. »

Y Cristo responde :

« Las consecuencias de la redencion no se revelarán hasta el último dia de los tiempos. Ve á reposar á la sombra de aquel cedro, haré pasar ante tí una vaga vision de aquel gran dia. »

Obedeció Adan, y apenas estuvo bajo la sombra del cedro magestuoso, apoderóse de él un sueño dulcísimo, durante el cual tuvo una vision sublime. Así que despertó, apresuradamente fué el padre de los hombres á reunirse con los ángeles y los resucitados, quienes con sus miradas le preguntaron que era lo que le habia pasado.

Sentóse entonces el esposo de Eva sobre una verde colina, y los ángeles y los resucitados rodeándole observaron religioso silencio, mientras se preparaba á referirles la vision que el Salvador se dignó enviarle.

Habian pasado para mí las santas horas de un dia consagrado al Señor, cuando súbito ví á la musa de Sion mecerse blandamente en alas del crepúsculo. Nunca tan imponente me pareció como entonces, nunca tan profundamente ví grabado en su divino rostro el sello de la eternidad. Cantaba la vision de Adan, y tan hondamente la conmovia la magestad de su asunto, que mas de una vez hubo de interrumpir el canto. Ya sus mejillas parecian abrasadas, ya de palidez se cubrian; y de sus labios salian ora atronadores acentos, ora lastimeros suspi-

ros. Penosamente pulsaban sus manos el arpa de oro, y entre los rizos de su flotante cabellera temblaba su diadema. Luego recobró su tranquilidad primera, celestial sonrisa dilató su fisonomía, y los divinos hijos de su alma, sus piadosos pensamientos, tendieron las alas y á impulso del aliento de la tempestad subieron hácia el trono del Eterno.

Habitantes de la tierra, voy á procurar repetiros el santo cántico de la musa de Sion, en cuanto le es posible hacerlo á un debil mortal. Para cantar los mil y mil pensamientos que en mi presencia entona fuera necesaria la voz de un angel; para adivinar los mil y mil sublimes pensamientos que no me ha juzgado digno de escuchar, fuera necesaria la intuicion de todo un Dios.

Sentado está el Padre de los hombres sobre una verde colina, y los ángeles y los resucitados rodeándole, observan profundo silencio, mientras les refiere la vision que el Eterno se dignó enviarle.

« Una fuerza rápida y poderosa como el pensamiento de un serafin me arrebató conduciéndome instantáneamente hasta los campos de la resurreccion. Imponente y terrible era el espectáculo que ofrecia el género humano reunido en derredor del trono del Juez supremo. Al contemplarlo comprendí en toda su estension que cosa sea la resurreccion. »

Y diciendo así, dominado Adan por la vehemen-

cia de sus recuerdos, postróse, alzó los ojos al santuario de los cielos y clamó :

« Te dignaste, Salvador del mundo, escuchar las paces del primero de tus hijos : mis ojos han divisado algunos de los rayos del mas grande de tus dias : mis oidos han escuchado el lejano bramar de tus tempestades, ¡Juez supremo!... Gracias te sean dadas, Hijo del Eterno. »

Diciendo así, levantóse y prosiguió su relacion :

« Mucho tiempo hacia que el juicio universal habia comenzado, pues al llegar ví que la suerte de millares de millones de muertos estaba resuelta... ¿ Quién será capaz de calcular la duracion de aquel gran dia?... No alumbraba el sol, no, que todos los soles de la creacion se habian apagado : pero el trono eterno radiaba al espacio infinito deslumbradores rayos... Ví el altar del sacrificio y al inocente Abel¹ atravesado con mil heridas que los malos le hicieran. Un querubin de amenazador aspecto dejó entonces caer la temida trompeta con la cual acababa de llamar á juicio á los cristianos, que en nombre de la ley de amor, dieron muerte á otros cristianos. Voló un momento silenciosamente sobre el campo de la resurreccion el lúgu-

¹ Los profetas consideran siempre á Abel y á Isaac como victimas inocentes, cuyo sacrificio fué simbolo y anuncio de la venida y pasion de Cristo. — T. F.

bre querubin, y despues derramando dos urnas que en las manos tenia llenas de sangre la una y de lágrimas la otra, se volvió hácia el Juez supremo y clamó :

« Tú que has contado todas las gotas de sangre
« inocente, tú que has contado todas las lágrimas
« que los oprimidos han derramado, tú, Señor, há-
« rás justicia á los inocentes y darás paz á los des-
« graciados »

« Y el Juez supremo miró á las víctimas inocentes con una espresion de amor que ninguna lengua es capaz de pintar ; y los arcángeles, y los seráfines, y los bienaventurados se estremecieron. Mas las víctimas inocentes no levantaron su voz acusadora ; y sus ojos, brotando misericordia como en el momento en que bajo el velo de la muerte desaparecieron de la tierra, pedian el perdon para sus verdugos. Entonces, levantándose uno de los jueces celestiales, dijo á los unos :

« Sean todas las bienaventuranzas de los cielos
« vuestro patrimonio, porque supisteis sin mur-
« murar reclinar vuestras cabezas en el altar del
« sacrificio. »

« Y dijo á los otros :

« Sean todos los tormentos del infierno vuestro
« patrimonio, porque, en nombre del Dios de amor
« y de misericordia, tirasteis la espada y encendis-
« teis las hogueras. Cuando degollabais á vuestros

« hermanos, desplegando al mismo tiempo el es-
 « tandarte de la cruz, hubiera el Señor lanzado so-
 « bre vosotros el mas terrible de sus rayos, si en
 « su inmutable pensamiento no estuviese resuelto
 « á convocar á todos sus hijos para este gran día
 « de la revelacion de todos los misterios de la Pro-
 « videncia. ¿Qué fué de los infelices, cuyos santos
 « himnos de en medio de vuestras hogueras su-
 « bieron hasta Dios?... El soplo de la resurreccion
 « ha reunido sus cenizas, el himno de muerte se
 « ha convertido en cántico de triunfo, y su lasti-
 « mera voz, que para vosotros pedia misericordia,
 « es ahora clamor de alegría que celebra la omni-
 « potencia del Salvador. »

« Calló aquel Juez y volvió á ocupar su asiento
 de oro; otro juez le reemplazó, y, habiendo lle-
 gado nueva legion de muertos, dijo :

« Vosotros habeis empleado vuestra vida en ha-
 « ceros superiores á las demas criaturas de nuestra
 « especie; y en vano ocultasteis el orgullo en el
 « fondo del alma, porque vuestras acciones y los
 « mármoles que adornan vuestros sepulcros dan
 « testimonio contra vosotros. Dios penetra en el
 « pensamiento : mas vosotros, sin poder hacerlo
 « así, os atrevisteis sin embargo á condenar á hom-
 « bres que eran cristianos como vosotros. Olvidan-
 « do que si es cierto que algunos pecadores levantan
 « tan audaces el vuelo hasta el Hijo del Eterno, y,

« desiumbrados por el resplandor de su magnifi-
 « cencia, acaban por no ver en él mas que la qui-
 « mera que sus locuras forjaron, tambien lo es que
 « no os tocaba á vosotros constituieros intérpretes
 « de vuestro Dios; osasteis lanzar contra vuestros
 « hermanos rayos que vuestras manos no tenian
 « fuerzas para sostener. En vez de ocuparos con
 « santa y solícita diligencia en procurar vuestra
 « propia salud, levantasteis orgullosos vuestra fren-
 « te de bronce sobre los demas gusanos que piado-
 « samente se arrastraban en el polvo. Deprecias-
 « teis á vuestros hermanos, hicisteis mofa de ellos
 « y ni su sangre respetasteis; ahora esa sangre,
 « que vuestras manos derramaron, levanta su voz;
 « y el Juez supremo se halla sentado en su trono
 « para escucharla y vengarla. »

« Pareció entonces uno de los que ocupaban
 mas alta dignidad en el trono; era Tadeo, á quien
 los cielos llaman Elim, como al que fué su angel
 custodio en la tierra y entonces será su hermano
 en la eternidad. Sus melancólicas miradas vagaron
 un instante sobre aquella numerosa legion de pe-
 cadores; despues, con voz triste y solemne, les
 dijo :

« No quiero fijar mas tiempo el pensamiento en
 « la senda que seguisteis durante vuestra vida de
 « pruebas, porque la miró teñida en sangre y cu-
 « bierta de cadáveres. ¡ Ay ! ¡ porqué no os fué dado

« ver el estremecimiento de la tierra, cuando por
 « primera vez bebió la sangre de una víctima ino-
 « cente derramada por manos fraticidas ! Anun-
 « ciado os fué este dia terrible del juicio final, no
 « quisisteis creer en él, y solo habeis traído á la
 « eternidad corazones vacíos y secos. Y no así sa-
 « listeis de manos de vuestro Creador : vosotros
 « mismos os hicisteis tales como sois. Las lágrimas
 « que no soy dueño de contener, no es vuestra
 « suerte, no, la que me las arranca: por la especie
 « humana que vosotros depedazasteis lloro. El átomo
 « que en el polvo se abismaba, y la inmensa bóve-
 « da de los cielos que sobre nuestras cabezas mi-
 « rabais, os revelaban la existencia de un Dios mi-
 « sericordioso ; mas nunca alzasteis vuestros ojos
 « al cielo, nunca tuvisteis compasion de ninguno
 « de los seres que padecian. La justicia divina es
 « indulgente, pero para vosotros no tendrá pie-
 « dad. »

« Aun hablaba Elim, y ya el Juez supremo ha-
 bia vuelto los ojos al angel exterminador... ¿Cómo
 podré, celestiales amigos, describiros la espresion
 de aquella mirada? ¿Cómo podré daros exacta
 idea del acento de su voz cuando dijo al lúgubre
 querubin :

« Derrama los mas horribles de tus terrores so-
 « bre esa horda maldita para que presienta los
 « tormentos que la esperan. »

« Y el angel de la muerte, tendiendo sobre ellos
 el lúgubre velo de *la media noche*, los obligó á que
 caminasen delante de él, y los condujo al abismo
 cuyas espantosas simas se los fragaron para siem-
 pre.

« Al enviarme la profética vision que refiero,
 dióles el Señor poder á mis ojos para que penetra-
 sen hasta el fondo de los abismos, y por eso ví que
 estaban cubiertos de huesos amontonados, cada
 uno de los cuales, soplando la tempestad, se leván-
 tó, tomó voz, y con ella lanzando anatemas salió
 al encuentro de los que allí llegaban. Lleno de es-
 panto, me arrojé á las plantas del Salvador, implo-
 rando su misericordia ; y él sonriéndose me enseñó
 en los aires una legion de almas que todas vestían
 la blanca túnica de la inocencia, y en las cabezas
 llevaban coronas de flores inmortales. Entonces
 bajaron aquellas almas hasta el pie del trono, y,
 deponiendo allí las coronas, con melodiosas voces
 cantaron este himno :

« ¡ Gloria á tí que estás sentado en ese trono so-
 « berano para juzgar á las criaturas de la tierra
 « que tu voz despertó del sueño de la muerte ! Pe-
 « sadas cadenas arrastramos, crueles tormentos
 « padecimos ; mas hasta que el Espíritu santo des-
 « cendió á nosotros, inspirándonos valor y dán-
 « donos fuerzas para soportar el hierro y el fuego,
 « no supimos qué cosa era la vida que perdiamos.

« ¿Y qué es la vida? Un torbellino de polvo que
 « el viento deshace como lo formó; breve razona-
 « miento que súbita partida interrumpe; una rá-
 « pida mirada á los profundos senos de la crea-
 « cion. ¡Y sin embargo tú le preparas eternas re-
 « compensas! Santa inspiracion, despliega tus alas;
 « celestial armonía, haz oír tus divinos acentos;
 « canten á la vez todos los coros del trono la glo-
 « ria, el poder y la misericordia del Dueño de los
 « cielos, del que consuela á todos los afligidos,
 « del que por salvar á la especie humana dió su
 « sangre. »

« Desaparecieron los mártires entre las nubes;
 volvió el angel de la muerte á presentarse al pie
 del trono; el metal sonoro resonó en todos los ám-
 bitos del espacio, obligando á los impíos á salir de
 las cavernas donde habian ido á buscar refugio.
 Viéndose forzados á comparecer ante el Reden-
 tor, á quien repetidamente habian insultado con
 infernales burlas, en sus rostros, en vez de la afable
 hipócrita sonrisa que en otro tiempo sirvió de velo
 á su fria perfidia, se veia una risa sardónica y hor-
 rible. Los ancianos del trono horrorizados de la feal-
 dad de aquellos malvados, se recogian en sus sillas
 de oro, como si en ellas quisieran hundirse por no
 verlos. Mas en medio de aquella asquerosa muche-
 dumbre, habia un mancebo que, sin saberlo él,
 brillaba con la misma belleza que un angel; llamó-

le Esteban para ofrecerle la corona de los mártires,
 y cuando el mancebo la recibia humildemente, las
 arpas de los seráfines celebraron su gloria, y entre
 los impíos se oyó un lúgubre rumor. Entonces el
 mancebo bienaventurado, reconociendo las voces
 de su padre y hermanos, les dijo :

« Decidme, ¡ó vosotros que gemís confundidos
 « con esas almas réprobas, vosotros á quienes tan
 « tiernamente he amado! ¿qué os hice para provo-
 « caros á que me odiaseis? Si no opuse mas que el
 « silencio y la resignacion á vuestras sacrílegas
 « burlas, ¿porqué empeñaros en arrebatarme mi
 « última esperanza, la que nunca nos engaña, la
 « que se funda en aquel que murió en la cruz? Ha
 « llegado, por fin, el momento de despertarnos del
 « sueño de la muerte, momento que fué constante-
 « mente objeto de vuestra mofa, y os ha obligado á
 « salir de vuestros sepulcros á vosotros que querais
 « perder mi alma; ved cómo la he salvado á pesar
 « vuestro. ¡Ya no os conozco! á mis ruegos, á mis
 « lágrimas, á mi agonía fuisteis insensibles... Con-
 « templad mi triunfo; mas no, apartad la vista,
 « que se aumentaria sin vuestra desesperacion. »

« Y el mancebo mártir fué á tomar asiento entre
 los ancianos del trono.

« Entonces un sabio, que habia consagrado su
 larga vida á piadosas meditaciones, compareció an-
 te el Juez supremo y dijo :

« Para mí la vida fué tortuoso y sombrío camino;
 « mas en él he buscado sinceramente la verdad.
 « Felices fueron los elegidos á quienes guió un
 « destello del Gólgota, pues podian decirse á sí
 « mismos : aquí corrió la sangre de la Redencion.
 « Nada se me reveló á mí... Mis fervorosas oracio-
 « nes se encaminaron á levantar un tanto el velo
 « que los cielos nos oculta, y solo por ellas conse-
 « guí entrever al Hijo del Eterno en toda su gloria.
 « Entonces desanduve lo andado, volví á empezar
 « mis santos estudios, y reconocí en cada uno de
 « los seres un reflejo del protótipo de la creacion.
 « ¿Buscasteis de esa manera á la verdad, vosotros
 « los que pretendéis que esa santa hija del cielo fué
 « siempre objeto de vuestro culto?... Los conquis-
 « tadores degollaron generaciones enteras; los fa-
 « náticos de todas épocas y creencias inmolaron á
 « sus hermanos al pie de los altares; pero vosotros
 « habeis querido dar muerte á las almas inmorta-
 « les. En copas, coronadas de flores, presentasteis
 « el veneno á vuestros hermanos; con el mismo
 « embriagasteis á los tiranos para que olvidasen
 « que mas allá de la tumba hay un Juez que casti-
 « ga y recompensa; un Juez cuyo poder conoceis
 « ahora puesto que acaba de mostrarse ante voso-
 « tros. »

« Dijo y siguió al angel que á los cielos le guia-
 ba, y casi en el mismo instante levantándose los

primeros elegidos y los ancianos del trono, como
 nube magestuosa que en su seno lleva el rayo, vo-
 laron sobre los impíos : y uno de los primeros ele-
 gidos, tomando la palabra en nombre de todos
 dijo :

« Hé aquí que habeis comparecido ya ante el
 « supremo Juez, vosotros los que en la tierra fuis-
 « teis nuestros hermanos. Decidnos : ¿ pudieran
 « el sol de los cielos, ni los millones de seres que
 « engendra la gozosa primavera, hablaros en mas
 « altas voces de su Creador, que os hablamos del
 « Dios que murió por redimiros? ¿ Negasteis fé á
 « nuestro testimonio, desoisteis nuestras súplicas,
 « despreciasteis nuestras amenazas; solo en voso-
 « tros mismos tuvisteis confianza!.. ¡Mirad: ahora
 « á vosotros, que fuisteis cristianos, hasta los viles
 « esclavos de los ídolos os desprecian! Vuestra
 « propia conciencia que en el polvo hundisteis se
 « levanta y os acusa. »

« Sobre la reunion de los elegidos se levantó el
 mas grande de los apóstoles, aquel que primero
 persiguió á la naciente Iglesia, y muy pronto fué
 sin embargo una de las firmes columnas del san-
 tuario. ¿Bajo qué nombre os le presentaré? por-
 que el que los cielos le dieron es de aquellos que
 no pueden espresarse... De nuevo bendije el polvo
 de que estoy formado, cuando le oí pronunciar es-
 tas palabras :

« ¿Porqué no alcanza mi poder á velar la magni-
 « ficencia de los cielos, para que no la vean los
 « impíos cuya ceguedad fué hasta aquí invencible?
 « Sabedlo : desde que derramé toda mi sangre en
 « la gloriosa lucha del martirio, no lloro ya por los
 « enemigos del Salvador ; porque desde entonces
 « tambien soy su Juez. ¡En fin, ya os veo ante mí,
 « miserables impíos! En vano vuestra engañosa
 « ciencia os cubre aun con densos velos ; en vano
 « el orgullo procura aun henchir vuestras empon-
 « zoñadas almas : yo os conozco y el género hu-
 « mano todo aplaudirá vuestra condenacion. ¡Cuan-
 « tas veces, os hemos invitado á seguirnos al tem-
 « plo en que nosotros entramos : cuantas!.. ; Y cuan-
 « bello era aquel templo ! Sus cimientos se apoya-
 « ban en la naturaleza, sus columnas se alzaban en
 « lo infinito, sus bóvedas llegaban al pié del trono
 « celeste, y desde su pináculo las miradas de los
 « mortales se tendian por toda la eternidad. Los
 « sacrificios que en él se celebraban eran pidiendo
 « gracia para todos los pecadores ; los himnos que
 « allí se cantaban, henchian el alma de celestial
 « beatitud. Ese es el culto que despreciasteis y per-
 « seguisteis con vuestros sarcasmos. Ahora mar-
 « chad á decirles á los infiernos cuan engañosas
 « eran las alturas á que creisteis haberos elevado,
 « esperando desde ellas burlaros de los cielos ; y
 « con vosotros lloren todos los impíos aquel fu-

« neste dia en que nacisteis para sufrir eternos tor-
 « mentos é interminables desdichas !

« Volvió el sublime Pablo á su silla de oro, y el
 Juez supremo levantando la voz dijo :

« ¡ Pasado es el dia de vida que concedí á la
 « tierra, llegó la hora del crepúsculo vespertino, la
 « hora del juicio final : de ella os burlasteis lla-
 « mándola necia ilusion, pero llegó ! ¡ Pesados han
 « sido cuantos se mofaron de la virtud paciente y
 « resignada, pesados han sido los que la persigui-
 « ron, y hallados faltos unos y otros para la vida
 « de los ángeles!... Bórralos, ó Padre mio, del libro
 « de la vida ; ya no son mis hermanos ; porque se
 « burlaron de mi sangre, de mi agonía, de mi as-
 « cension á tu diestra. ¡ En nombre de cuanto por
 « vosotros he padecido, os destierro para siempre
 « de mi presencia, condenándoos á ser lo que vo-
 « sotros mismos asegurabais que erais !

« Al oír esta sentencia despertándose los remor-
 dimientos en el seno de aquellas almas, quisieron
 implorar la misericordia del Juez supremo : pero
 en la severidad del semblante de aquel conocieron
 que la hora del perdon habia pasado. Mas uno de
 aquellos impíos se atrevió, sin embargo, á levan-
 tarse del polvo, y clavando sus feroces ojos en el
 mediador le dijo :

« No : tú no eres omnipotente pues que tu mi-
 « sericordia es limitada. Sediento estás de vengam-